



SOCIOLOGIA

Sección española.

EL INDIVIDUO Y EL ESTADO

I

ANTECEDENTES

Es esta cuestión una de las que más gravemente, ya bajo un aspecto, ya bajo otro, vienen preocupando á la época moderna y estimulando á los espíritus para indagar su solución razonable. Esa cuestión ha atraído en nuestro siglo el interés de los hombres reflexivos, de los publicistas, de los políticos, de los juristas, de los filósofos; pero revistiendo cada vez un carácter peculiar, y hasta una fórmula distinta, según el concurso de circunstancias que han hecho sucesivamente resaltar el elemento ó relación más adecuados á las necesidades de la vida, necesidades que hallan siempre eco ineludible en la dirección del pensamiento.

Conviene recordar, para mejor definir el sentido de este problema, que sus antecedentes han sido, de una parte, las ideas profesadas por los antiguos precursores de los economistas liberales, los fisiócratas en Francia, Adán Smith en Inglaterra, los cuales, estudiando la situación económica de su tiempo y procurando elevarse de aquí al análisis de las leyes permanentes de este orden de relaciones, hallaban do quiera entorpecida la libre acción de esas leyes por los artificios legislativos y gubernamentales, proclamando de consiguiente, en primer término, la necesidad de emancipar de ellos al individuo y devolver su juego natural á las fuerzas sociales, en la confianza de que esta emancipación bastaría por sí sola á producir la armonía de los intereses materiales; de otra parte, el movimiento democrático igualitario, representado, en primer término, por el *Contrato* de Rousseau, y que sólo hallaba en la sociedad dos factores: una masa abstracta de individuos, sumados entre sí, uno á uno, y la institución del poder, cuyo fundamento radicaba en esa misma masa; por último, la filosofía kantiana, que, identificando el derecho con la libertad, concebía como su único problema trazar la regla merced á la cual se asegurase la actividad inviolable de cada persona frente y al lado de las restantes actividades análogas. Así, las nuevas tendencias, que podríamos llamar *emancipadoras*, comienzan en los tiempos modernos por desenvolverse en un problema particular, el de la vida económica; en otro más general y comprensivo, luego, el de la política; y logra en la filosofía su fórmula suprema, reinante aún en gran parte del espíritu público.

De estas tendencias, acordes por ley indeclinable con las más apremiantes necesidades contemporáneas, ha nacido el liberalismo moderno. El nombre basta para explicar á un tiempo su misión y su génesis. La primera se reduce á procurar la libre acción del individuo en los varios órdenes y fines de la vida, reintegrándolo en la plenitud de su derecho, y á garantizar luego esta emancipación, llamándolo á cooperar, en límites más ó menos amplios, á la vida y organización políticas. No es del caso apreciar la parte que á cada una de las referidas tendencias corresponde en esta resultante común, así de su colaboración como de la misma hostilidad con que á veces entre sí batallaron. En general, puede decirse que Turgot, Smith, Bastiat, se consagran á libertar al individuo, sin conceder gran importancia á la cuestión política; Rousseau, por el contrario, á ésta, menospreciando y hasta negando la otra; y Kant resume ambas direcciones, é indaga y formula el principio fundamental á qué toda la evolución obedece. Porque, en esta primera época de la ciencia y de la vida del Estado contemporáneo, la acción de los pueblos, dirigidos por los partidos; de los partidos, guiados por los publicistas; de los publicistas, adoctrinados por los científicos y filósofos, ha tenido por exclusivo objeto reivindicar y consagrar la libertad exterior de la vida civil, frente á la intervención opresora de los poderes públicos, y enlazar estos poderes con el todo social, en su fundamento como en su ejercicio, destruyendo así con más ó menos decisión la antigua idea, que otorgaba gratuitamente un origen diverso á la primera magistratura del Estado; y á tales aspiraciones, ningún principio podía satisfacer como el del derecho kantiano. Si en general, el insigne filósofo de la *Razón pura* condensa en todo el proceso de su obra la crisis del pensamiento moderno, bien cabe afirmar que otro tanto acontece en la esfera jurídica y política. Pues, ¿qué teoría ofrecerá firme cimiento á aquellas tendencias, como una concepción que reduce el problema al de asegurar la coexistencia de las libertades particulares? Así, no es maravilla que, tácitamente ó á sabiendas, todo el movimiento apele á dicho principio; y que aun aquellos pensadores que pretenden contradecir más ágramente y de consuno al liberalismo abstracto y restaurar en el derecho y la política el valor de la historia y de la tradición, ó el elemento ético, ó el principio cristiano, ó dar la finalidad interna á la libertad, ó establecer una voluntad objetiva, superior á la movediza de las muchedumbres, ó legitimar por igual los varios grados de civilización, todos, sin exceptuar á ninguno, permanezcan todavía en el fondo dentro de aquel concepto. Las teorías del derecho, como mera relación social; de la libre potestad, como su contenido; de la coacción, como su nota distintiva, se hallan en todos ellos, que en vano pugnan por rechazar sus naturales consecuencias.

EL PROBLEMA

No es difícil, con tales antecedentes, comprender cómo por necesidad debía hallar este movimiento su fórmula en el problema de la justa relación entre la actividad individual y la del Estado. En primer lugar, para los economistas, para Rousseau, para los kantianos, concordes todos en el particular, el Estado sólo hallaba individuos ante sí. La razón es obvia. Las antiguas instituciones económicas, profesionales, científicas, no aparecían á los ojos de los emancipadores sino como otros tantos obstáculos al desarrollo de la vida social, que dificultaban realmente con su estrechez, rutina y privilegios; funcionando, según la expresión de Spencer, cual torpes mecanismos, que han llegado á incapacitarse para cumplir su fin, y usurpan el lugar de nuevas y

más vigorosas energías. Así, es un carácter común á todo el liberalismo moderno la prevención con que mira al elemento corporativo y á cuantos círculos sociales aspiran á vivir y gobernarse por sí, con independencia del Estado central, desde el municipio á las comunidades religiosas, á las Compañías industriales, á la cátedra, á las asociaciones literarias, y aun las de mero recreo. En la misma Inglaterra, donde la evolución del espíritu nacional ha seguido otros rumbos, este recelo y mala voluntad contra la autarquía corporativa es característico de la escuela que podríamos decir democrático-continental, cuyos progresos inspiraban ya á Montalembert, ha veinte años, aquella célebre pregunta: *L'Angleterre démocratisée, restera-t-elle libre?*

Identificada la organización corporativa con los vicios históricos que en ella se notaban, las tendencias emancipadoras se dirigían igualmente contra ella y contra el Estado, afirmando más ó menos resueltamente que todo vínculo de esta clase, toda organización social, se oponía á la libertad del individuo.

En realidad, para ser justos, debe reconocerse que este movimiento era hijo, en gran parte, de las monarquías absolutas. Nadie ignora ya que, en el continente, á lo menos, la misión de éstas, á veces con acierto, á veces torpemente servida, no fué otra que aprovechar la decadencia del régimen plural de la Edad Media, para constituir la unidad nacional sobre la base de la unidad del poder.

FRANCISCO GINER.

CIENCIA SOCIAL

Al socialismo se llega por varios caminos: por el conocimiento de la naturaleza, por el conocimiento de la ciencia y por el estudio de la revolución filosófica que Kant anunciara y que continuaron Hegel y sus discípulos de la izquierda.

Los pensadores que han llegado al socialismo por el estudio de la naturaleza, razonan de la siguiente manera.

Todos los seres, excepto el hombre, se rigen por leyes orgánicas. Los animales llevan en sí la medida de sus necesidades como los planetas llevan las de sus revoluciones. Las partes que componen el hombre tienen una función determinada; los países y las regiones llevan la semilla de una flora y de una fauna particular. El sér humano mismo no es más que una semilla echada sobre la superficie de nuestro planeta. Por esto, cada región, según sus condiciones climatológicas, la germina de un color ó de otro, de unas facultades ó de otras. Si no fuese así, la especie humana se compondría de una sola raza. ¿Qué razón natural impide que el hombre viva lo mismo que los demás seres? No hay entre éstos las guerras que hay entre los hombres, ni aquéllos sufren como éstos los azotes del hambre y de las epidemias. Sin embargo, los hombres basan la justicia sobre leyes escritas, y los demás animales sobre leyes naturales. A pesar de todo, aquéllos no han logrado ver establecida la justicia y éstos no han alcanzado desatenderla. El lobo no tiene necesidad de atacar al lobo para vivir, ni el león al león, y, sin embargo, el hombre se ve obligado á atacar al hombre.

La naturaleza dice al sér humano lo que éste debe hacer para vivir bien, y la sociedad presente se lo impide con mil añaegas, morales unas, materiales otras.

Más fuerte el que más atiende su cuerpo, el que menos privaciones sufre, el que

vive más en armonía con la naturaleza. El hombre huye de ella, cuando no por ignorancia, por exigencia social ó atávica.

¿Produce la tierra para todos los hombres? Indudablemente; pero si así no fuera, habríase de tener en cuenta que sólo se cultiva una parte muy pequeña, y que aun ésta no produce lo que debería si estuviera bien asistida. ¿Quién lo impide? Las leyes sociales; así pues, toda sociedad que se oponga á que los hombres vivan naturalmente bien, es una sociedad injusta.

Esto piensan los sociólogos que llegan del campo naturalista. Los que vienen del campo científico piensan de esta suerte:

La riqueza científica de que dispone una parte de la humanidad, es incalculable. Le sucede á esta parte lo que al avaro millonario, que no sabe lo que posee y deja morir de hambre á sus allegados.

Mucha de esta riqueza científica se pierde por falta de un buen régimen social, pues mientras unos huelgan habiendo que hacer, otros mueren de hambre habiendo comida para todos.

La ciencia aplicada á la medicina y á la higiene puede salvar muchas vidas; sin embargo, ¡cuántas personas mueren por carecer de asistencia facultativa, de medios curativos y de parajes saludables! La ciencia aplicada á la producción industrial da para satisfacer las necesidades de todos los hombres; no obstante, muchos mueren por falta de abrigo; y la ciencia aplicada á la producción agrícola produce para satisfacer todas las necesidades corporales, á pesar de lo cual muchas personas mueren de hambre.

La sociedad presente no sabe aprovechar en beneficio de todos los hombres los grandes recursos científicos de que dispone. Antes piensa tirarlos que ayudar con ellos á sus semejantes. Su injusticia es, pues, bien manifiesta.

Esto piensan los sociólogos que proceden del campo científico. Los que vienen de la filosofía formulan los razonamientos que á continuación se expresan:

Descendemos de los metafísicos, de aquellos enemigos de la materia que hicieron derivar toda moral, del conocimiento de la divinidad, de lo que no tiene certidumbre objetiva, según Kant, de lo inmoral, porque es una tiranía abstracta que se opone á la felicidad humana, según nosotros. Somos los hijos de aquellos filósofos que otorgaron á la razón, un fenómeno reflejo, certeza objetiva, cuando no es más que un tímpano, ó una cámara oscura que ve y oye las cosas según el color y el sonido que le imprimen los agentes exteriores. Hemos llegado á la sociología por la psicología, como otros llegaron á la filosofía por la metafísica. En la psicología supimos que no hay razón pura, como no hay cuerpos simples; en la sociología hemos sabido que no hay hombres libres, como no hay moral absoluta. La inteligencia es el resultado de miles de fenómenos físico-sociales.

La razón, como la conciencia, serán, pues, convencionales. El cerebro, dueño absoluto en otro tiempo, es hoy un esclavo de los nervios; los nervios obedecen á la educación y al ambiente; del uno y de la otra es madre la sociedad. Luego el cerebro es un fiel servidor de las condiciones sociales que rodean al hombre. ¿Qué papel, pues, desempeñan las leyes?

¿Por qué no buscamos en la reforma social lo que pretendemos encontrar en la fuerza? ¿Por qué no hacemos vivir al hombre como demanda la naturaleza y la ciencia, y habremos curado sus nervios enfermos, y por consiguiente su cerebro, sujeto á todas las enfermedades nerviosas?

Y fué así cómo el filósofo llegó á la sociología y cómo el sociólogo ocupó en el saber humano el sitio que antes ocupara el filósofo. Y, de esta manera, la ciencia social se compone del conocimiento de la naturaleza, de la ciencia y del hombre.

FEDERICO URALES.

Sección del Exterior

CAUSAS DEL DESCENSO DE LA CRIMINALIDAD EN AUSTRALIA

II

Bien es cierto que las condiciones naturales tienen aquí una extraordinaria influencia en las facilidades de la vida y en el saneamiento de las manifestaciones, desde las fisiológicas hasta las intelectuales y morales.

El mismo ambiente cósmico que en muchos países ejerce sobre la delincuencia una influencia trágica (el *scirocco* de Europa meridional, los vientos del centro de Africa, el viento Norte de Sud-América), envuelve, por el contrario, la vida social australiana en una tranquilidad característica, tanto en los cambios de temperatura como en los de las estaciones; y á pesar de los célebres ciclones que hacen horriblemente legendarios á los mares de la Polinesia, la atmósfera del continente austral es sin duda de las más desfavorables á esa acción externa de fuerzas y elementos agrupados en la denominación dada por Ferri, de *factor cósmico de la criminalidad*.

Pero, á pesar de estos favores de la Naturaleza como fuerza física anticriminosa, creó que la observación positiva sobre la criminalidad en Australia nos lleva á explicar su disminución por el aumento, siempre constante, de aquellas medidas de prevención colectiva que entrañan un mejoramiento largo y sagaz de las condiciones generales de vida, haciendo de los problemas de economía, de higiene, de instrucción pública un complemento necesario de los estudios sobre el delito y el delincuente, y reconociendo en la sabia y científica profilaxis social un preservativo muy superior á todas las penas de los Códigos contra la tremenda plaga moral que se llama delincuencia.

Sólo á los anticuados del Derecho penal puede escapar la importancia que para el criminalista moderno tiene el estudio de la sociología y todas las aplicaciones prácticas que ella sugiere al legislador que sepa poner la ciencia al servicio de la sociedad, destrozando, en nombre de un interés público superior, cual es el de la defensa social, humana y racionalmente entendida, la gran red convencional de las mentiras oficialmente reconocidas hasta hoy como verdades; intereses mezquinos, egoísmos viles y prejuicios consagrados por la costumbre como dogmas indiscutibles.

Bajo este punto de vista somos aquí, en Australia, realmente jóvenes: nuestros ortodoxos, porque ni aun aquí faltan, se ven arrastrados, aunque á su pesar, á convenir en que la actuación positiva de las reformas sociológicas ha dado aquí óptimos resultados prácticos, aun en los campos que parecían estar dominados por otras leyes

como la criminalidad; más y mejores que todos los remedios clásicos, tardíos é ineficaces.

Lo que en otros países es todavía un *desideratum*, que parece audaz, de las clases obreras, la jornada legal de las ocho horas, es ley orgánica del Estado en gran parte de la Australia. El orden económico de la sociedad no se ha destruido por ello, mientras la gran masa de la población que trabaja ha podido mejorar física y, por tanto, intelectual y moralmente. Esta es otra consecuencia económica de la reforma, como contragolpes: la disminución numérica en el ejército de los desocupados, que es el que mayor contingente suministra á la delincuencia de ocasión, y por lo mismo, una atenuación de las causas de malestar que motivan el crimen.

Por lo demás, como lo ha demostrado la estadística, desde que la disminución de las horas de trabajo ha levantado la armonía de la vida orgánica de las clases trabajadoras, éstas han delinquido menos, en proporción á la época anterior.

El alcoholismo, por ejemplo, que se señala generalmente como una de las mayores causas de degeneración física y moral, ha sufrido una sensible disminución desde que el mejoramiento de las condiciones económicas de la generalidad pudo permitir una alimentación más sana y nutritiva á los que pedían antes á la embriaguez periódica la fiebre que engaña los gritos del estómago.

Y esta prevención sociológica de bienestar que calma las pasiones criminológicas y las aficiones nocivas á la salud, ha sido mucho más eficaz que podrían serlo las *exise laws* de Inglaterra y de Estados Unidos de América.

Las leyes prohibitivas fácilmente se burlan, y los expendedores de bebidas alcohólicas en aquellos países, á fuerza de astucia y de práctica, han formado un arte especial para hacerlas ilusorias, como he podido comprobarlo hace algunos años, viajando por aquellas regiones.

Y hay que tener en cuenta cuando se quiere comparar la criminalidad de Australia con la de otros países, que este joven país fué poblado con deportados, condenados por delitos comunes en Inglaterra, Holanda y otros países de Europa.

Si bien este hecho pudiera, en apariencia, influir en contra de las conclusiones de la antropología criminal, desmintiendo la ley atávica y hereditaria de determinados caracteres orgánicos de criminalidad, confirma, por el contrario, sus demostraciones positivas, si se observa que los delincuentes que antes eran deportados á estas tierras pertenecían, en su gran mayoría, á la categoría de la criminalidad por hábito adquirido, ó de ocasión, sobre las cuales imperan más las leyes generales sociológicas que las de la antropología criminal.

La influencia benéfica de lo que Ferri llama *sustitutivos penales*, y que yo prefiero denominar *sustitutivos sociológicos de la penalidad*, corrobora también la observación hecha. Desde que la Australia marcha á la vanguardia de estos fecundos medios preventivos del delito, justo es que le toque ser la primera en recoger sus beneficios con este primer triunfo jurídico, que consiste en ver disminuir la criminalidad cada vez que se toma una nueva medida político-social que aumente el bienestar general, difundiendo el trabajo, la cultura, la educación, la higiene, las artes, etc., y acelerando así la evolución de la animalidad de que el hombre deriva hasta un tipo de humanidad superior, hacia el cual, sin duda, nos encaminamos.

Podría decirse que la Australia ofrece, en su verde juventud, el más amplio campo experimental á las investigaciones y estudios del sociólogo y del criminalista, pues, to que puede añadir como un título propio de honor, junto á los demás triunfos de la

civilización sobre la barbarie, este hecho consolador y novísimo: Que de una multitud originariamente compuesta de los detritus sociales del viejo mundo, ha podido hacer un pueblo maestro de labor y bienestar.

El delito no ha desaparecido ciertamente; pero este continente, apartadísimo de las antiguas civilizaciones y el último que ha llegado al contacto de los pueblos de septentrión á occidente, es el más adelantado hacia el porvenir, porque ha sabido antes que ningún otro sofocar en germen las causas de la criminalidad, que una sabia reforma político-social tiene el poder y, por consiguiente, el deber de eliminar.

El mundo criminal australiano es el menos rico en delitos atroces, y por lo tanto el menos apto para despertar la morbo-curiosidad de los aficionados á emociones fuertes.

Mas, para el estudio, presenta fases características é interesantes, puesto que muestra las causas sociales por las cuales se delinque menos, precisamente porque se vive moral y materialmente mejor.

CH ALDERMANN.

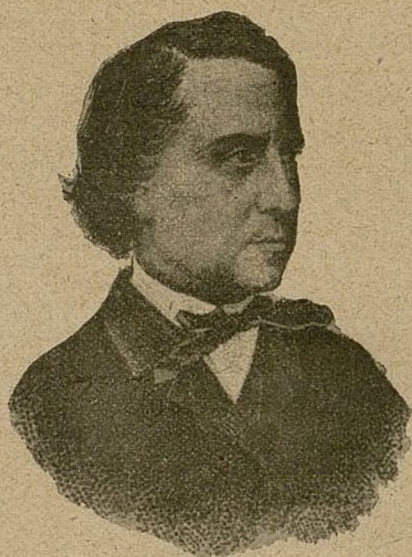


LA REVISTA BLANCA

Sociología, Ciencia y Arte.

La colección de esta Revista, que compone un volumen de 700 páginas, con los grabados y biografías de Bakounine, Zola, Sebastián Faure, Pí y Margall, Koch, Proudhon, Luisa Michel, Gerardo Hauptman, Víctor Hugo, Tolstoï, Ibsen, Malato y de otros artistas, científicos, sociólogos y revolucionarios, puede adquirirse en esta Administración por 4 pesetas.





Luis Blanc.

Los grandes hombres raramente vienen solos, hase dicho, y con muchísima razón. El siglo de Voltaire, el siglo de la Enciclopedia, el siglo en que empezaron á luchar el espectro de ayer y el espectro de hoy, amenazados por el espectro de mañana, no produjo sólo esa fibra universal que vibra como eco poderoso aún entre nosotros después de tantos años, el gran Voltaire, sino que vino acompañado, entre otros, de dos grandes hombres: Rousseau y Diderot. Este, creando la Enciclopedia; aquél, el profundo soñador, adivinando la verdad política, junto con D'Alembert y Voltaire, genios que simbolizan la revolución del entendimiento, tras la cual vino lo que viene siempre, en todas partes, la revolución de la sociedad; caracterizaron su época, la imprimieron su sello é hicieron comprender al mundo que el poder gubernamental del género humano, después de crisis turbulentas, será el pensamiento, y la civilización que obedecía á la fuerza obedecerá al ideal, transfigurándose la autoridad en la hermosa libertad por la que tanto suspiramos.

Y lo que sucedió en el siglo XVIII, precursor de la Revolución francesa, debía suceder por ley natural, por el progreso que lleva á remolque los pueblos y los hombres, en el siglo XIX, precursor á la vez de la Revolución social.

Si en el siglo pasado los genios combatieron el dogma y amortiguaron las sangrientas luchas religiosas para dar principio á otras luchas afirmando el problema político, en este siglo rómpese la esclavitud política que encarnaron Marat, Robespierre y Danton, para venir á desarrollar el problema económico.

Así vemos surgir del putrilago político á inteligencias poderosas, dentro de los prejuicios de su tiempo, como Saint-Simon y Fourier, iniciadores de la revolución de los estudios sociales; como Proudhon, Marx y Bakounine, perfeccionadores de estos mismos problemas, que eran y son los que en mayor grado ocupan la atención de historiadores y filósofos.

Entre la pléyade de pensadores, historiadores y científicos que caracteriza el siglo XIX, puede ponerse en primera línea á nuestro biografiado.

Luis Blanc, que era un apóstol de lo ideal; que era el filósofo que participaba del tribuno; que era el gran orador, el gran ciudadano; que era el hombre honrado beligerante, era también el historiador que abre en el pasado el surco del porvenir.

Por esto era defensor acérrimo de la instrucción laica, tanto para las mujeres como para los hombres. Formar los niños bajo un criterio ampliamente liberal, es empezar la revolución entre la familia para concluir haciendo la revolución de los pueblos.

Y nosotros, porque queremos preparar la generación presente para el porvenir, es por lo que somos, como Luis Blanc, partidarios de la enseñanza laica; y por esto, porque somos partidarios de la enseñanza laica, no escasearemos nuestras alabanzas hacia el que, en tiempos aún de profunda crisis religiosa, supo hacer comprender á los hombres de su tiempo que, si el dominio de la educación es la conciencia, el dominio de la instrucción es la ciencia; por consiguiente, la instrucción debe ser extra de toda subordinación de la conciencia; la instrucción debe estar libre de prejuicios más ó menos erróneos, más ó menos justificados, más ó menos sutiles á las preocupaciones. Más tarde, cuando el niño llega á hombre, esas dos ilustraciones, la de la conciencia y la de la ciencia, se completan la una con la otra. Por esto también, para preparar eficazmente la conciencia del niño, Luis Blanc, lo mismo que Víctor Hugo, creía que la solución al problema de la mujer casi resolvería la cuestión social, pues habíase de tener en cuenta que, si el hombre fué el problema del siglo XVIII, la mujer era el del siglo XIX.

Juan José Luis Blanc nació en Madrid en 1811. Muy joven aún, pues apenas contaba veintidós años, entró en la redacción de *Le National*, en París, y colaboró en la *Revue Republicaine*. Fué después redactor de la *Nouvelle Minerve* y de *Le Bon Sens*, dirigiendo este último hasta 1838, en que fundó la *Revue du Progrés Politique, Sociale et Litteraire*, en la cual expuso sus teorías sobre la organización del trabajo. La popularidad de Blanc fué cada día en aumento, y al advenimiento de la República, en el año 48, fué nombrado miembro del gobierno provisional.

Con motivo de haber presentado la proposición de crear un *Ministerio del Progreso*, y ser rechazada, presentó la dimisión, que no le fué admitida, proponiendo entonces la creación de una *Comisión de gobierno* para los obreros, reservándose la presidencia, que quedó instalada en el Luxemburgo.

Convocóse además un Congreso mixto, compuesto de patronos y obreros, para dar más autoridad á las soluciones que se adoptasen en favor de los últimos. Pero, como era de esperar, la Comisión declaró que, por temor á una contrarrevolución, no era posible llevar á la práctica, por el momento, las doctrinas ideales de su joven presidente. Esta declaración provocó una manifestación de más de 200.000 obreros, manifestación que repercutió más allá, poniendo en grave aprieto á la República.

Como representante de París, fué á la Constituyente. Llegaron los sucesos de Junio y se encontró envuelto en ellos, escapando á duras penas con vida de las turbulencias que le precedieron, pues el 15 de Mayo, en un alboroto, fué bruscamente atropellado por los guardias nacionales, de cuyas manos fué arrebatado, exponiéndose mucho, por los diputados Arago, Rochejaquelein y ctros. Con motivo de aquellos acontecimientos, fué procesado, y previendo el resultado de este proceso, que por los odios encendidos debía serle adverso, el día del escrutinio, que fué en la Asamblea en la sesión del 25 al 26 de Agosto, se refugió aquella noche en casa de un

diputado amigo, y al día siguiente pudo ganar la frontera belga, trasladándose después á Inglaterra, donde permaneció durante mucho tiempo.

En 1870, de vuelta en París, se afilió al partido radical, que lo eligió miembro de la Asamblea nacional. En las elecciones generales de Febrero de 1876, fué proclamado diputado por París, y en la Cámara se sentó en los bancos de la extrema izquierda. En esta época fundó *El Hombre Libre*, periódico que duró muy poco. En las elecciones del 77 fué reelegido, y combatió enérgicamente la política oportunista. En el 79 presentó á la Cámara el mismo proyecto de amnistía plena para los condenados políticos de la Commune que Víctor Hugo había presentado al Senado.

La fama de Blanc, como escritor, está principalmente basada en su *Historia de diez años* (1830-1840), en la que atacó duramente á Luis Felipe; á ésta siguió la *Historia de la Revolución francesa*, escrita en sentido jacobino y disculpando al Terror, siendo también notables sus *Revelaciones históricas*, que completó formando una *Historia* (apologética) de la Revolución de 1848.

Sus *Cartas sobre Inglaterra* son una curiosa descripción de las costumbres de aquel país. Publicó además otras obras menos importantes y un sinnúmero de folletos de actualidad en las diversas épocas de su vida. Murió en Cannes en 1882.

Luis Blanc fué de aquellos hombres que se adelantaron á su tiempo. Fué republicano y socialista, porque otra cosa no podía ser el hombre radical de entonces. A vivir en nuestra época, el ideal más revolucionario lo contaría entre sus defensores.

SOLEDAD GUSTAVO.



PENSAMIENTOS

La inteligencia de unos halla su medida en el sentido común de los otros.

* * *

Con las leyes escritas que ha elaborado el hombre hase desviado del camino que había de conducirlo á la satisfacción de las leyes de su organismo.

* * *

Los excépticos tienen un solo defecto: se rien y burlan de todo, pero toman en serio su burla.

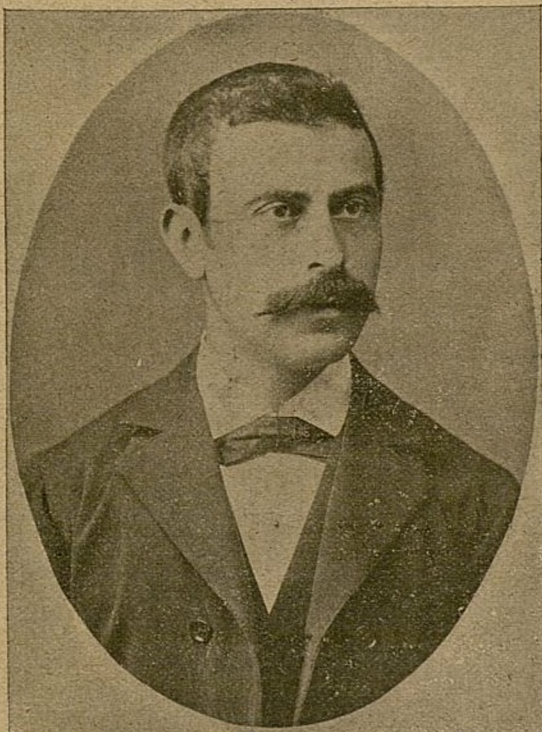
URALES.



FRANCISCO GANA

Para honrar la memoria de esta víctima de la Inquisición española y para eterno baldón de sus asesinos, hemos querido que el retrato de Gana, junto con la reseña de los martirios que sufrió, consten en los tomos de LA REVISTA BLANCA.

«El 4 de Agosto, día de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Inquisición en Europa, á las ocho de la noche, estando yo en el calabozo número 13 de la plaza de armas, con otros 17 detenidos, un oficial y cuatro soldados de Alfonso XIII abrieron la puerta y llamaron á Tomás Ascheri, Juan Ollé y Francisco Gana. Se nos llevó al extremo de la plaza de armas y se abrió una puerta como por encanto. Marcharon el oficial y los soldados, y apoderóse de nosotros la benemérita guardia civil. Bajamos una grande y ancha escalera de piedra que da al mar. Al llegar á media escalera hay un corredor con cinco calabozos. En el número 1 metieron á Juan Ollé, en el número 2 á mí y en el número 3 á Tomás Ascheri. En el 4.º estaban seis individuos y dos cabos, y en el 5.º el teniente Portas. Una vez allí me ataron muy fuerte las manos con manillas, encendieron una luz, y me dijeron: «Tu misión, granuja, es andar bien aprisa de un lado á otro del calabozo.» Marcháronse, y me miraban por la ventanilla de la puerta. A las veinticuatro horas se me reventaron manos y brazos. Pedí me aflojaran un poco, y me dieron latigazos. Pedí agua, y me dieron bacalao seco. Pedí otra vez agua, y me contestaron con el látigo, dándome golpes por todas partes, y me dijeron que si decía quién había tirado la bomba me darían pan, vino y agua y me dejarían dormir. Yo les contesté que no lo sabía. Me contestaron que ya lo diría, porque aquello era la primera parte no más. En fin, pasé de este modo sin dormir, ni comer, ni beber, y á



todo esto, siempre andando, cuatro días y cuatro noches. La última noche las paredes me parecían casas al revés, las puertas me parecían hombres con armas y las piedras me parecían muertos; mi razón estaba extraviada.

»A la madrugada del 9 entraron y me dijeron si quería decirles el nombre del que tiró la bomba; yo les contesté que no sabía de lo que me hablaban, y entonces uno me cogió de los testículos y el miembro con fuerza y me los retorció, al mismo tiempo que me decía: «Esa será la segunda parte.» Yo caí sin sentido, y cuando volví en mí no podía dar un paso de mal que me hacían las uñas de los dedos grandes de los pies. No sé lo que hicieron conmigo. ¡Qué noche, horrible noche! ¡Qué gritos más lastimeros se oían de otros calabozos! Son unos tormentos que no se pueden resistir; si no hubiera sido por el buen nombre de mis mayores y la familia, yo me habría declarado autor de un crimen tan horrendo como el de la calle de Cambios, por no poder sufrir más. Pero intenté suicidarme con una punta muy larga de París, y al ponerla de cabeza en el suelo para clavármela sobre el corazón, me parece que me conocieron la intención y me sacaron.»

Que la maldición del mundo civilizado caiga sobre la cabeza de los que lo manchan con sus crímenes.



CIENCIA Y ARTE

DESCUBRIMIENTO IMPORTANTE

El mal que tanto preocupa á los sociólogos modernos está á punto de morir á manos de la ciencia.

Los remedios empleados hasta ahora contra esa espantosa enfermedad que se llama embriaguez, no habían dado resultados satisfactorios. Ni las leyes ni las medidas gubernativas habían logrado detener los progresos, cada día más amenazantes, del alcoholismo.

Preocupado de este mal del siglo un médico célebre de San Francisco (California), el Dr. Federico W. de Evelyn, ha buscado en las aplicaciones de la sueroterapia el tratamiento salvador, y afirma haberlo encontrado. Sus experimentos han producido la admiración general.

Así que la noticia llegó á Nueva York, los más enérgicos adversarios del alcohol, entre los cuales está el reverendo Minot J. Savage, llamaron al Dr. de Evelyn, para que les hiciera conocer, por sus demostraciones prácticas y sus conferencias, el remedio al cual ha ligado su nombre.

Este remedio se llama *Equisine*, palabra derivada de la latina *equus*, que quiere decir caballo.

El serum del alcohol es un líquido preparado con sangre de caballo. Esta preparación, inyectada en el cuerpo del enfermo, combate su tendencia al alcoholismo, sea heredada ó adquirida.

Con el tratamiento por la *Equisine* pretende su autor, no solamente curar los que por la pasión funesta están declarados, sino también á los predispuestos á adquirirla. Un niño inoculado con la *Equisine* estará prevenido contra la embriaguez durante el resto de sus días.

El remedio del Dr. de Evelyn está compuesto de glóbulos y serum. Hay un 90 por 100 de agua en el serum y un 68 por 100 en los glóbulos. Numerosos experimentos me han probado, dice, que se puede alcoholizar ó intoxicar á cualquiera forma de la vida animal ó vegetal. Se puede embriagar un nabo tan fácilmente como un hombre. Yo he hecho experimentos con caballos, conejos, sanguijuelas, canarios, gobios y lo mismo con esta forma de la vida animal que llamamos protozoos, así como con las patatas, los nabos, las cebollas, rábanos, el trigo y las plantas verdes.

Estas formas tienen un elemento común: el agua.

En todas, el alcohol las desnaturaliza. Un nabo, que está compuesto de 99 por 100 de agua, disminuye cuando está cargado de alcohol, en un tercio de su volumen.

Un borracho puede engordar; pero su sangre está más *desidratada*, esto es, falta de agua.

Por el tratamiento de la *Equisine* me he esforzado en neutralizar la *desidratación* de la sangre, y lo he conseguido.

Inoculando á un niño con la *Equisine*, se pueden exterminar las pasiones del alcoholismo, aunque tengan siglos de existencia.

Si nosotros organizamos sociedades para proteger á la infancia, debemos querer que cada niño, desde su más tierna edad, sea inoculado con la *Equisine*, y habremos impedido la degeneración.

El Dr. de Evelyn posee en Alameda (su residencia de San Francisco) media docena de caballos. Escogió los más bellos y los de sangre más pura que pudo encontrar; les hizo beber diariamente dos ó cuatro pintas de whisky, durante tres días, y al fin de ellos se les reconoció la sangre. Si los glóbulos aparecían en el microscopio densos, viscosos y espesos, sacaba pinta y media de esta sangre y la guardaba en botellas esterilizadas.

El procedimiento para la aplicación de este serum, es igual al de la vacuna. Se raspa la superficie de la piel hasta que se produzca una ligera desolladura. Al cabo de veinticuatro horas se moja este sitio por medio de una pequeña pipa, con agua destilada para evitar la irritación, y durante este tiempo se mantiene un disco de papel químicamente puro y saturado de serum en contacto con la carne, con la ayuda de una redondel de cauchú.

Lo descolorido del disco indica la absorción del serum.

Cuando el disco se agota, es reemplazado entonces por otro nuevo, y así se repite esto siete ú ocho veces.

El Dr. de Evelyn cuenta, á propósito de su descubrimiento, el siguiente caso:

Una madrugada volvía de San Francisco, en donde había visitado un enfermo, á su casa de la Alameda.

Como iba de prisa, tropezó con una masa de carne, que empezó á gritar.

El doctor se detuvo y reconoció á un niño de tres años, Jorge Dalton, á quien llamaban el bebé-borracho.

Se llevó á su casa al pobre niño.

La madre, una mujer de aspecto miserable é igualmente alcoholizada, se mostraba muy indignada del precoz vicio de su hijo.

—Este niño rueda frecuentemente como hoy, en la calle, hasta las cuatro de la mañana—decía la madre—¡Es un puerco completo!

El pequeño Jorge, al escuchar la voz de su madre, repetía con risa de borracho:—Tengo sed, tengo sed.

El Dr. de Evelyn emprendió su curación y vacunó al niño con su serum. Le administró dos inoculaciones al mes, durante dos meses.

Al cabo de este tiempo el niño estaba radicalmente curado.

Si el Dr. de Evelyn no se equivoca, si su serum tiene las propiedades que le atribuye, habrá prestado á la humanidad un servicio inapreciable.

TOMÁS RUBIÓ.

(Médico.)

El Arte y el Socialismo

I

Son infinitos los adversarios del Socialismo que, en su incultura crasa ó en su cínica mala fe, aseguran que el triunfo de nuestros civilizadores principios traería consigo aparejada la *muerte del Arte*, porque, según gratuitamente aseguran, el Socialismo, *groseramente materialista en sus doctrinas*, sólo aspira á la constitución brutal de una sociedad constituida en todas sus partes por trabajadores manuales propiamente dichos, dispuestos á vegetar obscuramente en las prosaicas latitudes de la materialidad y el *naturalismo salvajes y degeneradores*.

Suponen que deseamos la desaparición de las *bellas artes* por el solo hecho de que anteponeamos á lo bello lo útil y necesario, y claman, llenos de sacra indignación, contra los socialistas soeces, que sólo *anhelamos un mundo de hartazgos y de indigestiones materiales*.

Nosotros no aspiramos á tan innobles supuestos; sabemos que el Arte es el soplo vivificante de la imaginación y del entendimiento; sabemos que el Arte es el verdadero espíritu del hombre, porque implica su progreso y su selección, su grandeza y su numen, porque elabora las más perfectas obras del músculo y del cerebro; sabemos todo esto y somos *ideístas*, es decir, *artistas* de los más puros, de los que promueven todo progreso humano é inician, con sus obras grandiosísimas, toda noble idea, grata y saludable impresión y sentimiento elevado en el corazón de los hombres. Y siendo esto así, siendo nosotros *artistas ideístas*, claro está que no aspiramos á sofocar las reventoras expansiones del Arte, sino á procurar su imperio progresivo y esplendente, libertándolo de los estrechos moldes en que hoy vive, aherrojado y soñoliento, la vida del mercenario, degradante é infecunda.

Estetas ó decadentistas, clásicos ó románticos, materialistas ó espiritualistas, blancos ó negros, en fin, cuantos crean ó supongan creer que los socialistas somos contrarios á toda noble expansión de la belleza y sentimentalismo estético, cuantos supongan que sólo luchamos por la consecución de un orden de cosas henchido de groserías á la *antigua romana* y que, por lo tanto, aspiramos á la *muerte de las bellas artes*, están equivocados, desconocen la elevación de nuestros intentos reformadores, y bueno sería procurasen informarse mejor para, en lo sucesivo, no exponerse á caer en las lamentables irrisiones del ridículo...

Dicho lo que antecede á guisa de exordio, permitasenos ahora entrar de lleno en el fondo de tan interesante cuestión. El Arte es la expansión ardiente del pensamiento, que todo lo inflama y vivifica, el reflejo de la idealidad pensante traducido á realidad sublime y regeneradora. Por eso el Arte se sirve de lo tangible para vestir lo abstracto y dar existencia apreciable á las fantásticas concepciones de la humana imaginación.

El Arte fascina al hombre por sus bellezas plásticas y por sus misteriosas influencias infinitivas, y contribuye al progreso y civilización de los pueblos con los encantos irresistibles de su sentimentalismo viril y delicado; porque todo lo hermoso, todo lo bello produce en nosotros sentimientos inefables de inusitada delicadeza y ternura, determinando nuestra dignificación.

Engolfado constantemente en la arrobadora contemplación de lo abstracto, sumido en los transportes pasionales del sentimentalismo estético que todo lo inflama, que á todo da vida, calor y potencia, con tenacidad asombrosa persigue el artista el descubrimiento dichoso de los tipos, prototipos y arquetipos del ideal soñado, para en definitiva producir la extasiadora realidad de lo verdadero y grandioso. El férvido ardor en que se inflama el genio, la fiebre arrebatadora que envuelve, cual densa nebulosa, los sueños creadores del artista, tiene gran semejanza con las laboriosidades químicas de toda gestación natural.

Consuma el genio su vitalidad para producir la savia intelectual de la vida humana en las calenturas de sus desvelos, para hacer brotar de las *grises celdillas* de su laborioso cerebro las grandiosas creaciones que nos fascinan, subyugan y civilizan, y determinar así el avance misterioso de las generaciones humanas hacia el ideal sublime de su redención y de su gloria. El artista es, pues, *el generador augusto de las grandes hermosuras que sirven de munjar succulento al cerebro del hombre*.—Sano, libre é inteligente, el artista producirá en lo porvenir (que el porvenir es del Socialismo) las imágenes del bien social, de igual modo que, ignorante y oprimido, produjo en el pasado las de la tiranía.

Literato, filósofo, músico, escultor, pintor ó poeta, el artista es, en último término, *el trabajador sublime encargado de producir los exquisitos elementos de que debe nutrirse el cerebro del hombre*. Será esto tan prosaico como se quiera, pero ello resulta de una realidad irrefragable.

Así, pues, siendo el Arte el encargado de suministrar á los hombres el alimento delicado de la inteligencia y no pudiendo el sér humano llegar á su augusta dignidad de tal sin la cooperación del Arte, ¿cómo el Socialismo ha de pretender la *muerte del Arte*, sabiendo, como sabe, que el Arte implica la esencia de la vida social de los pueblos, pues que del Arte emanan todas las sublimes inspiraciones y conceptos enérgicos que vivifican la conciencia humana y dan ocasión á toda noble idea de emancipación y progreso?...

Lo que el Socialismo desea determinar es la muerte del arte ficticio, del arte enervador, de ese *pseudoarte* que nada enseña, que sólo se dedica á cantar las glorias de los guerreros, á inmortalizar á los grandes opresores de la Humanidad y á erigir imágenes icónicas y pictóricas á los ídolos del fanatismo. Para ese arte pernicioso y perturbador, para ese arte frívolo que sólo aspira á corromper la conciencia de las sociedades, para ese arte innoble y trivial habrá, seguramente, llegado la hora postrera el día en que triunfe el Socialismo. Pero no para el Arte verdadero, para el Arte enérgico que ha procurado en todo tiempo, con valentía heroica, poner de manifiesto las grandes injusticias de la tiranía y los negros egoísmos de la explotación en el lienzo ó en el libro. Para ese Arte grandioso, hoy en gestación, el triunfo del Socialismo implicará su triunfo esplendoroso y deslumbrante, porque el Arte verdadero, el no prostituído, endulzará la dicha de las sociedades emancipadas con las sublimes armonías de sus creaciones infinitas, de sus dulces endechas, tiernas melodías, imponentes ecos, magníficos efectos de luz, orgías de colores, preludios sentimentales y arrebatadoras melopeas.

El Arte, bajo la égida del Socialismo triunfante, desplegará todos los maravillosos matices de sus incommensurables esplendores, porque el Socialismo pondrá á todos los hombres en condiciones de ser artistas, de poder concebir y ejecutar las primorosas bellezas artísticas, como nos proponemos demostrarlo en el artículo siguiente.—

Así, pues, cuando los hombres todos puedan cultivar, si así les place, la sublime mecánica de las bellas artes, pasma el considerar el inmenso avance y gran progreso que habrá de experimentarse en la civilización de la sociedad, ya que el arte, con la delicadeza y moralidad suprema de sus estéticas creaciones, dejando el ánimo en dulce éxtasis, éxtasis maravilloso que aumenta la sublimidad de las ideas y da superioridad infinita á la grandeza humana, infundiéndola carácter relevante y nobles y delicados sentimientos, supone y es el sello glorioso de toda civilización.

DONATO LUBEN.

RESIGNACIÓN

Según su costumbre, el viejo Jacques se había levantado aquel día con la aurora, y con el azadón al hombro, á pesar del viento y del frío, se había marchado á trabajar en su campo. Y cuando el sol se hubo hundido detrás de los montes vecinos y que la brisa sopló más fuerte y fría, entonces se sintió fatigado. Su mano no podía sostener la herramienta, y se dejó caer sobre el duro suelo. Pasado un instante, y haciendo un nuevo llamamiento á sus fuerzas, se arrastró, mejor que caminó, hacia su cabaña, y como al llegar la noche envolviólo todo con su negro manto, cayó desvanecido en el dintel mientras las ráfagas sacudían con fuerza el techo podrido de su habitación.

Sumido en profundo letargo, heraldo de la muerte, Jacques tuvo un sueño, el último. Vióse transportado á un país de opulencia, en el centro de una campiña ornada con flores brillantes y olorosas, llena de abundantes mieses y árboles que se doblaban al peso de sus frutos.

Sentíase contento de vivir, contento con la felicidad de las cosas y el risueño bullicio de los seres que no veía, pero adivinaba, dispersados en aquellos campos. A pesar del presentimiento de la vida de estos seres, Jacques se encontraba solo, y se puso en marcha, caminando derecho ante su vista, á fin de hallar un compañero.

Caminó mucho tiempo sin fatiga; atravesó prados y jardines en flor, bosques de sombra dulce y apacible; vadeó riachuelos murmuradores y detúvose al borde de lagos cuyas aguas reflejaban el azul de un cielo sin nubes. Parecióle como si transcurriera un día, y otro, y otro sin que la noche llegara, y creyó estar transportado en el país de la eterna luz y de la felicidad perpetua. No sentía el hambre, ni la sed, ni el cansancio; y si, á veces, cogía un fruto y bebía unas gotas de agua, era por tentación de tanta belleza y limpidez, pero no para satisfacer una necesidad.

Sin embargo, al final del cuarto día de marcha, distinguió á la derecha del camino que seguía, un edificio rodeado de un vallado y adosado á un pequeño bosque de rosas, y vinole el deseo de descansar un rato. Avanzó unos pasos, empujó la puerta del edificio y encontróse ante una escalera de mármol. Subióla, y al llegar á lo alto de ella apareciósele un viejo, dándole la bienvenida é invitándole á entrar. Siguió al desconocido, atravesó un vestíbulo decorado con estatuas, que reconoció por haberlas visto semejantes en el parque del castillo señorial de su país; penetró en una gran sala, y habiéndole el guía invitado con un ademán á tomar asiento, efectuólo así en

un rico taburete de madera, esperando, inmóvil y silencioso, á que se le interrogara.

El anciano lo contemplaba con tristeza, paseando sus dedos por los rizados pelos de su barba, larga y blanca como la nieve. Jacques principiaba á estar inquieto ante tanto silencio y muda contemplación, cuando el anciano le preguntó:

—¿Qué es lo que vienes á buscar aquí?

—La paz—respondió Jacques;—la paz y el reposo.

—Así, pues, ¿no los has conocido nunca cuando tanto los deseas? Yo creí, sin embargo, que tu vida había transcurrido apacible y calmosa, y que, atado tanto tiempo al mismo surco, desconocías la agitación y la intranquilidad.

—Es verdad, he vivido tranquilo y resignado.

—¡Resignado! Cuéntame, pues, tu historia.

—Mi historia es humilde, y si creéis hallar en ella choques y peripecias y aventuras, pronto os desengañaréis de ello.

—No temas, y satisface mi demanda.

—Sea. Sabed, pues, que cuando yo nací mi primer vagido fué el precursor del último grito de mi madre y encontré la muerte en el dintel de mi vida. Mi padre me mimó poquísimo; no obstante, no me trató mal y me educó en la abundancia. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que á mis hermanos. Queríanme éstos muy poco y obligáronme á hacer los más rudos trabajos, tratándome como el último de sus numerosos criados. Y, no obstante, los amé, y aun cuando sufría al ver su despego, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba, porque eran envidiosos. Al llegar á la edad de ser hombre dijéronme que mi padre no me había dejado ni una pequeña parcela de sus tierras, y que tenía el deber de trabajar si no quería ser una carga para ellos. Yo sabía que mentían, y experimenté un amargo dolor ante su conducta; pero también pensé que serían desgraciados si les obligase á devolverme mi parte de aquellos campos tan preciosos. No quise turbar su felicidad, por egoísta que ésta fuera, y les doné mi parte. Hasta encontré una satisfacción en ello; me complací en mi sacrificio y, con sumo gozo, resignéme á la mediocridad, en beneficio de ellos. Esto no les bastó. Un día se cansaron de tenerme á su lado. Mi generosidad les molestaba y mi miseria chocaba con su vanidad. Resolví, pues, hacer el sacrificio completo, y una mañana abandoné el hogar paterno, yendo á refugiarme en un pueblecito pequeño é ignorado donde nadie pudiera conocerme. Como de mi miserable salario aún pude ahorrar una pequeña suma, compré un trozo de tierra, construíme una cabaña y la habité, olvidado de mis hermanos y feliz por haberme sacrificado para devolverles la paz, é inquieto solamente por no haber podido evitarles un probable remordimiento.

El viejo Jacques calló. Se levantó el anciano, tomóle por la mano y le condujo al camino. Una vez en él, saludóle y le dijo:

—Me hubiera gustado poder proporcionarte la hospitalidad que pides, la paz y el reposo que ansías; pero siento por los de tu raza un horror tan invencible, que ni siquiera puedo soportar su vista. Son tus semejantes los que perpetúan el mal en el mundo, es por su culpa por la que reina en él la injusticia. Y es precisamente porque os resignáis á ser robados, saqueados y á la mala fe, por lo que la mala fe, el saqueo y el robo subsisten en la tierra. Vosotros decís que os sacrificáis por amor, que acaso sea cobardía, y de este modo dejais subsistente el odio. Pretendéis labrar la felicidad de uno solo y eternizais el mal. Vete allí donde te conduzcan tus pasos en este país,

demasiado bueno para tu alma irresoluta, vacía, débil y pobre. Aquí, en esta mansión, únicamente recibo y acojo á los que luchan, á los que sienten horror al sacrificio, precisamente porque aman á la justicia...

El viejo Jacques despertó. El viento frío helaba sus miembros. Sus ojos se abrieron en las tinieblas, y sólo entonces adivinó que la miseria estaba esparcida por toda la tierra. Una voz interior le decía que había servido cobardemente á la riqueza y á la avaricia. En su corazón rebotó la pena, y el sufrimiento acarreó la muerte.

BERNARD LAZARE.

ZOLA EN LONDRES

(CONTINUACIÓN)

Le había escrito expresándole mis simpatías por la marcha de los acontecimientos en Versalles; pero, debido á su rápida huida, mi carta no había llegado á su poder. Y ahora estaba en Londres, en la emigración, como, y esto es bastante curioso, yo había predicho y anunciado como probable, anteriormente, en una carta dirigida á la prensa.

Mi primer impulso fué correr inmediatamente á Grosvenor; pero reflexioné que tal vez no le encontraría, y que, aun encontrándole, podría causarle algún inconveniente, puesto que había señalado el día siguiente para mi visita.

Así que me contenté con telegrafiarle lo siguiente:

«Pascal.—Hotel de Grosvenor.—Confiad en mí. Mañana á las once.»

Y, como medida de precaución, firmé el telegrama solo con mi nombre propio.

Según supe después, Zola pasó aquel día sólo, paseando por el parque de San Jaime y sus inmediaciones, y comprando una camisa, un cuello y un par de calcetines en una tienda cerca de la calle del Palacio de Buckingham, en la cual, no sabiendo inglés, tuvo que pedir por señas lo que necesitaba.

Después se dedicó á estudiar algunas escenas callejeras, deteniéndose en pensar á qué estaría destinado un determinado y feo edificio de grandes proporciones, que miraba á una carretera y á un parque. A la entrada había un guardia; pero el palacio tenía un aspecto tan lóbrego y sombrío, que Zola no era posible presumiese que era el de la reina de Inglaterra.

A la noche se encontraba de nuevo en su habitación, y hallándose fatigado y febril, se acostó y descansó. Cuando despertó, que era entre nueve y diez de la noche, notó que había un gran sobre en la alfombra, cerca de la cama, arrojado indudablemente por debajo de la puerta mientras dormía, lo cual le sorprendió mucho, porque no esperaba ni carta ni telegrama alguno.

Por un momento, según me dijo, imaginó que le tendían un lazo; que tal vez había venido espiado desde París, y casi resolvió abandonar el hotel aquella noche.

Pero cuando, después de vacilar un poco, abrió el sobre y leyó mi telegrama, comprendió lo infundado de su alarma.

Al día siguiente, cuando llegué al hotel y pregunté por el Sr. Pascal, me pidieron

mi nombre, y al darlo recibí una nota de Zola, en la que me decía que inesperadamente había tenido que salir, y que estaría de vuelta á las dos y media de la tarde.

Mientras yo leía la nota observé que dos individuos me espiaban de un modo que consideré muy sospechoso; ambos eran indudablemente franceses: tenían gruesos bastones y uno de ellos llevaba en el ojal la cinta de la Legión de Honor. No era difícil el tomarlos por policías franceses, y pronto me hice cargo de que venían siguiéndole los pasos á Pascal.

Para agravar aún más la situación, cuando, después de guardarme la nota en el bolsillo, me puse á pasear por el vestíbulo, los dos me siguieron deliberadamente; y ya me hallaba dispuesto á irme para no volver más, si una figura bien conocida no se me hubiera presentado, dirigiéndose hacia nosotros desde la escalera.

En un momento cambiamos los saludos, y los que me parecían sospechosos me fueron presentados como amigos. Uno de ellos era el Sr. Fernando Desmoulins; habían llegado aquella mañana de París y estaban á punto de salir con Zola en busca del Sr. Fletcher Moulton, procurador, para quien el abogado Labori les había dado una carta de introducción.

De ahí la nota que Zola había dejado para mí. Si hubiese llegado yo un momento más tarde, ya no la hubiera encontrado.

Mi llegada al hotel dió lugar á un cambio en el programa, resolviéndose empezar por almorzar en él, y posponer la visita al Sr. Fletcher Moulton hasta la tarde.

«El amargo pan de la emigración» consistió esta vez en una tortilla, leñiguados fritos, filete de vaca y patatas. Para rociar esto, Desmoulins y yo pedimos vino de Burdeos; pero Zola y el otro señor no bebieron más que agua.

Teniendo siempre algún camarero en torno nuestro, se habló poco en la mesa; pero después lo hicimos con toda libertad en el cuarto de Zola, el cual era tan modesto y estaba tan poco amueblado, que uno de nosotros tuvo que sentarse en la cama. Pedimos café, lo que escandalizó á la sirvienta, quien consideró la orden muy impropia á tal hora del día. Y cuando Desmoulins encendió un cigarro, su amigo una pipa y yo un cigarrillo, se formó un verdadero Consejo de guerra (1), el cual debía deliberar principalmente sobre estos dos puntos: primero, ¿qué iba á hacer Zola en Inglaterra? ¿Debería irse al campo, á la orilla del mar, ó quedarse en los alrededores de Londres? Deseando no ser reconocido, no debía permanecer en la ciudad y, sobre todo, en un hotel como el de Grosvenor. Tratándose á continuación de la cuestión legal, así como del motivo de presentar al Sr. Fletcher Moulton la carta del abogado Labori.

Lo primero de que había que ocuparse era de esto: ¿Podía el Gobierno francés comunicar personalmente á Zola el fallo del tribunal de Versalles, mientras permaneciese en Inglaterra? Si esto no era posible, la necesidad de estar oculto no era tan grande.

(Se continuará.)

(1) Zola había dejado el tabaco en su juventud, prefiriendo, á gastar diariamente diez céntimos en fumar, dejárselos á su madre para pan.





SECCIÓN LIBRE

EL HAMBRE EN RUSIA

El imperio ruso, el Estado más grande del mundo que, según el *Almanach Franco-Russe pour 1897* ocupa una superficie de 22.480.000 kilómetros cuadrados, igual á la quinta parte de la tierra, y subyuga á 117.000.000 de seres humanos, según el *Dictionnaire Larousse*, agoniza por la tiranía y la servidumbre, el vicio y la miseria, la soberbia y la ignorancia.

La muerte es allí la soberana, y su trono es más brillante y magnífico que el de Nicolás II; son sus cortesanos las hambres periódicas, las enfermedades epidémicas, la guerra, la desesperación de los que en las prisiones y en la deportación sufren sin consuelo ni esperanza los rigores de los carceleros y la sangrienta mancha del látigo.

Apena considerar que una parte tan grande de la tierra y un número tan considerable de seres humanos sirvan de pedestal á un poder tan estupendo, destinado exclusivamente á una obra de ruína y de muerte.

Ciento diez y siete millones de individuos capaces de poseer la ciencia, de sentir la dignidad y el amor y de desarrollar aquella poderosa energía que analiza y domina la naturaleza, viven en aquella nación, en aquella patria, ¡maldita sea!, sometidos á la vil pequeñez de un hombre amaestrado para el mando, despojado, por tanto, de las más elementales nociones que caracterizan al hombre natural, decente, equilibrado.

Nada más triste y elocuente que los datos que traducimos de *L'Express*, de Lieja, que varias veces nos ha suministrado excelentes materiales para el estudio de la cuestión social:

«Rusia, en apariencia tan poderosa, y á quien procuran complacer las demás potencias continentales, es un coloso con pies de barro. Como su poder está basado en el despotismo y en la fuerza bruta, el autócrata se ve obligado á añadir sin cesar nuevas conquistas territoriales á las de sus predecesores. Por eso, y á pesar de la iniciativa de Nicolás II en pro del desarme, Rusia no ha detenido ni por un instante su política de engrandecimiento; para demostrarlo bastará indicar las recientes usurpaciones en China y en Asia central. Más aún: después de publicado su famoso manifiesto de la paz, el zar ordenó la construcción de nuevos buques de guerra, destinando al efecto la cantidad de 90 millones de rublos, acariciando, además, el proyecto de cambiar el material de artillería cuyo coste asciende á algunos centenares de millones.

A causa de que, obedeciendo á necesidades ineludibles de su política, derrocha sumas enormes en armamentos y ferrocarriles estratégicos, el imperio moscovita ofrece al exterior el efecto de una fuerza invencible; pero todo es pura ilusión hábilmente

explotada por sus estadistas. ¡Cuánta diferencia hay de la realidad á esta brillante apariencial!

En ese país, dominado por el absolutismo, no hay más que desorden; nadie conoce con exactitud la verdadera situación de su Hacienda, de la cual sólo puede decirse que el cuadro que presenta el ministro del ramo es una completa mixtificación; que los ingresos están lejos de cubrir los gastos; que la deuda, monstruo que crece de día en día, hace vislumbrar una bancarrota formidable en un porvenir más ó menos próximo; que el presupuesto se dedica casi por completo á gastos militares improductivos, nada casi á instrucción pública, y poca cosa á trabajos públicos, necesarios y hasta imprescindibles. Añádase á todo esto que allí el fraude y el cohecho son cosa corriente y que existen una venalidad y una corrupción de que no hay idea en nuestros países occidentales. Así el fausto de la corte, la molicie de los señores rusos y el brillo exterior del imperio, tienen, como obligada compensación y contrapeso, la miseria más espantosa en la masa de la población.

Los campesinos, y lo son la inmensa mayoría de la población rusa, viven al día; si la cosecha de cereales es buena, apenas les basta para saciar el hambre; si es mala, se ciernen sobre ellos la escasez con su cortejo obligado de enfermedades. Por otra parte, como la cosecha rara vez es buena en todo el imperio, puede asegurarse que el hambre reina siempre en una ú otra región. Ordinariamente el gobierno sólo se preocupa de ello para impedir que la noticia traspase la frontera y aun para que no sea conocida en las otras regiones del imperio, porque hay que evitar á todo trance que disminuya la confianza del extranjero en la prosperidad y grandeza de Rusia y que desfallezca la fe de los *mujicks* en el poderío y previsión de su buen padre y señor. Por esto el año pasado se impidió, no sólo á los periódicos rusos que publicaran noticias acerca de la miseria que diezmaba la Rusia central, sino también á las asociaciones benéficas que acudieran en auxilio de los hambrientos. ¡Perezcan algunos miles de infelices, antes que reconocer la impotencia del absolutismo!

En este año, sin embargo, ha sido necesario prescindir de esa taimada política y de ese cruel rigor, pues se trata de una inmensa región diezmada por el azote, cuyos estragos son imposibles de ocultar. Los diarios rusos han recibido, pues, autorización para hablar del asunto, á la par que para dirigir excitaciones á las Sociedades de beneficencia. Los relatos que publican los corresponsales de unos y los delegados de otras son por demás conmovedores: las miserables chozas de los campesinos amenazan ruína; la paja que las cubría se ha utilizado para alimentar el ganado; los escasos muebles que guarnecían el interior se han vendido ó se han empleado como combustible en los rudos días del invierno, llegándose hasta el punto de que los mismos labradores se han visto obligados á vender su ropa, las herramientas y los caballos; de manera que les es imposible ejecutar los trabajos necesarios para la subsistencia en el invierno próximo. Actualmente viven de las limosnas que les distribuyen los *semstos* y las Sociedades benéficas; pero la escasez es tanta, que los filántropos tienen que limitarse á auxiliar á los inválidos: mujeres, niños, ancianos y enfermos, á quienes se entrega cada mes 35 libras de grano ó de harina, y éstos reducen aún voluntariamente su ración, para dividirla entre los sanos faltos de trabajo. Hecha la distribución, aquellos infelices empiezan por satisfacer el hambre; pero las provisiones se agotan rápidamente, y durante la segunda mitad del mes se ven forzados á sustentarse con un repugnante potaje, compuesto de agua y desperdicios de cereales.

Cuerpo tan debilitados son, naturalmente, campo abonado para la propagación de

las enfermedades epidémicas, especialmente el tifus y el escorbuto, que hacen en ellos estragos espantosos.

Sólo en la provincia de Samara, la Cruz Roja sostenía hacía ya dos meses á la fecha de la publicación de estos dos datos, 71.000 personas; tenía instalados 306 *restaurants*, donde 22.096 niños reciben alimento gratis; 120, destinados á la vez á niños y á adultos, distribúan cada mes 35 libras de grano ó de harina á 12.156 personas, y una cantidad menor á 22.599 necesitados, sin contar los bonos alimenticios que reparte á domicilio.

Y el fenómeno no es local ni accidental. El ministro de Hacienda, M. Witte, en una Memoria dirigida al emperador y publicada recientemente, indica que la miseria de los campesinos aumenta sin cesar. «Es preciso aceptar como un hecho ineludible —dice— que, á causa de la pobreza dominante en las comarcas del Centro y del Este, disminuyan rápidamente los ingresos producidos por las anualidades del rescate de los aldeanos. En 1898 se presupuestaron en 97 millones; pero en el año corriente, aunque rebajada á 77, será difícilísima su recaudación. No hay más remedio que ir rebajando así, hasta la completa desaparición de ese ingreso, en vista del empobrecimiento completo de una parte de la población rural.»

El hambre azota diez y siete gobiernos ó provincias, de los cuales la mayor parte la sufrieron también en años anteriores, y su gravedad es tal, que excede á toda posibilidad de descripción. Los socorros oficiales y los privados apenas bastan para un momentáneo consuelo. Las Memorias de los Comités son capaces de conmover los corazones más insensibles, y las extensas narraciones y lamentaciones de los diarios rusos patentizan que el azote no se limita al hambre, sino que lo que reviste más gravedad son las enfermedades consecutivas: el tifus y el escorbuto.

Un individuo del Comité de socorros, dice en un diario petersburgués: «En el mes de Febrero se iniciaron algunos casos de escorbuto en los distritos de Samar y de Stavropol; la terrible enfermedad tomó en poco tiempo una extensión tan rápida y considerable, que obligó á recurrir á los grandes medios para contener su propagación, toda vez que el número de atacados crecía por momentos, y pronto se contó por centenares en las localidades pequeñas. En una aldea, por ejemplo, que se denunció á la Cruz Roja la existencia de 210 casos, á la llegada del médico existían ya 250; en otras en que sólo se habían observado algunos casos aislados, al cabo de cuatro días llegó su número á 354. Es dudoso que en todo el distrito de Samar se encuentren dos ó tres aldeas no contaminadas; en donde quiera hace su aparición la enfermedad, se extiende con rapidez fulminante y bajo la forma más aguda.

Una publicación protegida por la emperatriz Alejandra declara que la mortalidad ha aumentado considerablemente durante los últimos ocho años, en que se observa que el número anual de las defunciones excede de medio millón la cifra normal, y que en los países azotados por el hambre sólo el 5 por 100 de los nacidos llega á la edad de cinco años!

En medio de tan dolorosas consecuencias de la mentira gubernamental y religiosa, aquella bondad ingénita en el sér humano, independiente de toda farsa é hipocresía rústica, consuela ver la abnegación y entusiasmo sin límites con que médicos, estudiantes, personas de todas clases y no pocas señoras de familias privilegiadas, abandonan los placeres y las alegrías del hogar y de la sociedad para dedicarse al alivio y asistencia de los hambrientos y de los enfermos.—JACQUES GRANIT.

Mida quien pueda la extensión de males tan enormes, de los cuales son responsa-

bles las doctrinas religiosas, políticas y jurídicas que los producen, los perpetúan y los sancionan.

Señalarlos, excitar á las conciencias honradas á combatirlos é inspirar confianza en que un día se extenderá sobre la ruina de las actuales instituciones la sociedad justa y perfecta, es la misión que incumbe á los hombres honrados, que á la condición de víctima no quieran unir la de cómplices.

ANSELMO LORENZO.

EL CLERICALISMO EN FRANCIA

Mientras el mundo camina rápidamente hacia el progreso, al positivismo, á la negación de la influencia de la iglesia en la educación y en la política; cuando el hombre comienza á no hacer caso del demonio, los jesuitas, valiéndose de artificios hábiles y solapados, han intentado detener el movimiento moderno. Han conseguido, con el antisemitismo, un semitriunfo en Viena, en Dalmacia, en Istria; con la falsificación de la ciencia en Roma, en París, donde sirviéndose de un Brunetière y de sus compañeros, han creado una especie de moda antipositivista, que ha penetrado en toda la sociedad elegante; con el proceso de Panamá trataron de hacer funcionar de nuevo en Francia la máquina antisemita, pero no lo consiguieron sino á medias, porque en aquella causa estaban mezclados los católicos. Los jesuitas han intentado hasta lanzar á Francia contra Italia, con el pretexto del papado que tratan de mantener vivo ante los ojos de los franceses, como un poderosísimo aliado y como un inmenso fanal de civilización, cuando no es más que el signo del retroceso; ellos han explotado el patriotismo en Francia para empujar continuamente á esta nación contra todos los pueblos progresistas de Europa, como Inglaterra y Alemania; contra la América del Norte, para sumirla en el estéril militarismo y desviarla de los verdaderos progresos filosóficos y sociales de la época.

El jesuitismo ha conseguido, lenta pero victoriosamente, que Francia, el país que á fines del siglo pasado era el más audaz en materias de innovaciones, se resistía á admitir toda grande idea nueva, hasta el extremo de que ni Darwin, ni Spencer, ni Hæckel ni Koch, ni la nueva escuela penal, hayan podido arraigarse en su suelo, porque son extranjeros! ¡Qué extraño puede ser eso cuando tampoco las grandes iniciativas que se deben á franceses, á Morel, Taine, Renán, Comte, han podido dar frutos en ese país, y estos hombres de genio han visto, como Budha y Cristo, esterilizarse sus ideas en el propio suelo de su origen, mientras se difundían entre los pueblos lejanos.

Cierto es que los jesuitas no crearon el embrollo Dreyfus; pero una vez creado por otros, lo hicieron fermentar, abrigando la idea de hacer una San Bartolomé blanca. Su objeto era obtener con menor violencia, pero con mayor eficacia, la destrucción en la opinión pública de toda estima por los hebreos, presentándolos como enemigos de la patria, para abrirse por allí el camino y después hacer otro tanto con los protestantes, y así llegar á la unión de la Francia en la fe católica romana. Contaban con la ciega, supina sujeción de una gran parte del pueblo á la iglesia y á sus ministros; sabían que un fermento patriótico, más agudo que en otros tiempos, trabajaba al pueblo

francés; que subsistía, y con fuerza, el fermento de beatismo que viene desde la época de los druidas y de los francos, y en el cual se reunen y fundan la idea de la patria y la de la religión: *Gesta Dei per francos*; observaron todo eso, y se consagraron á fomentarlo y darle calor.

No tenemos pruebas documentadas de estos manejos jesuíticos; pero para el que conoce la índole de los buenos Padres y su modo de obrar á la sordina, haciendo desaparecer sus propios rastros, esto mismo es un indicio; como lo es, y más grave, la enorme distribución de dinero á Esterhazy y á los periodistas. Mientras triunfaba el estado mayor, se comprendía que entrarán en juego los dineros del Estado; pero después, ¿quién podía gastar sino los padres; quién podía hacer, en Abril de 1899, que Esterhazy no confesara ser el autor del *bordereau*, cuando ya en ese mes el estado mayor no tenía dinero? ¿Y no hay otra prueba, no ya indicio, en el acuerdo de los generales con el padre Du Lac en Versalles y en Bruselas? ¿Y la acción de Du Lac sobre la Pay y de los confesores de madame Faure sobre ésta?

La cooperación de los diarios clericales y legitimistas es otra prueba de los manejos del clero contra la justicia y la verdad. Y que ellos son, se comprende, se ve; porque todo el curso del asunto Dreyfus: falsificaciones, asesinatos, suicidios, denuncia en sí el estilo del arte jesuítico. *Agñosco stilum romana Ecclesiae*, escribía el ilustre Sarpi cuando Roma, ante la inutilidad de la calumnia, de las amenazas, del engaño, de la excomunión, llegaba hasta la puñalada del sicario.

Pero hay otras pruebas positivas, expuestas á la luz del sol, como las prédicas del padre Didon, el cual declaraba que los soldados con su sable salvaban á la sociedad; que era necesario sacrificarlo todo por ellos. Y el movimiento casi general de los jóvenes de las escuelas, los que en gran parte están bajo la dirección é inspiración de los clericales, no puede ser más que el efecto de las sugestiones de éstos, porque los jóvenes se inclinan siempre en favor de los oprimidos y no de los opresores, y en el caso de Zola, por ejemplo, se ha visto un hombre solo perseguido por toda la Francia y especialmente por los jóvenes.

En esto se ve con cuánta perspicacia veía Gambetta en el clericalismo el mayor peligro que pudiera correr Francia al lanzar su anatema *Le clericalisme, voilà l'ennemi*!

Y, efectivamente, para un país que quería ser el centro del pensamiento europeo, el descenso del sentido moral y de todo liberalismo, causado en Francia por el asunto Dreyfus, ha hecho más daño á ese país que Sedan y Waterlloo juntos. Y si Francia no trabaja por sustraerse al dominio que los jesuitas, y en general todas las comunidades religiosas ejercen sobre el vulgo, sobre las mujeres y también sobre los adolescentes; si no se emancipa de los frailes como antes se emancipó de los nobles, bien podrá llevar el nombre de república; pero será una república dependiente, esclava de los druidas, lo que será para ella peor que ser vencida de los alemanes ó de los ingleses, porque el cuerpo esclavo puede conquistar su libertad, pero el alma no.

CESARE LOMBEROSO.

DEL AMOR LIBRE

(A UNA PROFESORA LAICA)

Querida amiga: Desconfiaba de tener la satisfacción de ver cumplido uno de mis deseos; por fin te decidiste á contestar á la pregunta que creí útil hacerte.

En forma literaria, que bien quisiera yo imitar, expones deducciones que demuestran tu sano criterio y altruismo social; pero nótese también cierto temor en entrar de lleno en el tema. No me extraña; las preocupaciones que, cual lepra, roen el organismo social, contagian hasta los elementos progresivos, siempre que éstos no hayan tomado dosis suficiente de lectura sociológica hasta robustecer sus convicciones. El erróneo criterio que del amor libre se tiene hace que se crea tema para ser discutido por el hombre; y en verdad, que más que á él interesa á la mujer, ya que ésta sufre más las consecuencias de la carencia de amor que se manifiesta en la sociedad presente.

El amor libre, según los estúpidos y malvados, es la supresión de todo respeto, el predominio de la más brutal violencia, el más depravado libertinaje: en fin, lo que hoy se acostumbra, por el desconocimiento que se tiene del amor. La sociedad convertida está en una gran casa de lenocinio; doloroso es confesarlo, pero sólo una honrosa minoría se fija en ello, sin ser siquiera comprendida como lo exigen la dignidad de la mujer y hasta la del hombre.

Se dirá que exagero. Escucha, amable joven, y contigo ojalá que escucharan las mujeres todas.

He dicho que la sociedad está convertida en casa de lenocinio, y voy á demostrarlo. Yo considero que donde hay venta ó engaño hay prostitución; por lo tanto, no sólo es prostituta la infeliz que vende su cuerpo en un lupanar público, sino que lo es también toda mujer que se casa sin amor, por la ambición, el despecho, la vanidad ó cualquier otro efecto que no sea el del cariño. Y aunque esta unión la legalicen jueces y curas, no adquiere condición más elevada que aquella que se realiza á plazo fijo.

De los matrimonios sin amor se apodera al propio tiempo la discordia, la hipocresía y el fastidio.

Ya en estas condiciones, los matrimonios *mejores funcionan* sin aliciente alguno, los peores brutal é inoralmente, porque todos desconocen el factor indispensable; el amor. No hay exageración en lo por mí expuesto. He observado á infinidad de uniones, y, en verdad, poca diferencia he hallado entre la mujer que se vende en matrimonio y la prostituta callejera. La última es más desgraciada, la primera es más perjudicial, porque de ella nace la familia tal como la vemos nacer.

¿Y qué diremos de ese gran contingente de mujeres que no llegan á casarse? Educadas únicamente para agradar, vegetan más que viven. Las hay recatadas en extremo: éstas viven consumiéndose; el hambre de amor las hace adquirir una enfermedad crónica que las conduce á la tumba.

Un médico, amigo mío, me decía un día que hablábamos de este interesante problema: «Esta sociedad no puede seguir así; los defensores del actual orden de cosas son millones de veces más asesinos que Jaime el Destripador. Referente á lo que ha-

blamos, le digo que mientras miles de mujeres mueren en los hospitales, víctimas de un brutal exceso que se vieron obligadas á ejercer para vivir unos años, otras, en número no menor, mueren tísicas por los sufrimientos que les acarrea el celibato forzoso en que viven, efecto de las preocupaciones de esta sociedad.» Si entre ellas las hay que, en un momento de dominio natural, se han entregado, si el amor logra vencer á las preocupaciones sociales, ¡qué de dolores! ¡qué de torturas! Y si llega á ser madre, al fingimiento y al dolor se añade el crimen. Y esa hembra, jamás madre, que á tal se aviene, expone su vida por temor á esa sociedad mil veces criminal.

El desconocimiento completo del amor pone á la mujer en tales extremos. Hoy se tiene por delito lo que es ley de vida. El amor es una necesidad de la vida, como lo es el comer.

Nadie, ni aun las familias más autoritarias, han pensado en reglamentar el estómago, que si entre ellas hay quien come más y quien como menos, cada uno toma lo que necesita; fuera un absurdo obligar al gastrónomo á que comiera tanto como el que por su organización física come poco. Pues lo mismo habría de suceder en el amor; de querer reglamentarlo dimanar grandes males en el orden físico y moral.

En una sociedad libre cada uno sentirá el amor como le será dable, y lo satisfará conforme sus necesidades orgánicas, y no habiendo la esclavitud económica no será posible la prostitución, porque no podrá haber venta, ni la hipocresía se cotizará en el mercado de la vida.

Mientras existan las causas corruptoras, religión, autoridad y capital, no es posible el amor, porque éste es hijo de la libertad, y eso que se llama hoy amor es esclavitud.

¡Oh! ley sagrada del amor. El día que tú rijas caerán por sí solas todas esas leyes que por espacio de siglos han embrutecido á los pueblos. No, no temas, amiga mía, escribir franca y sin rodeos sobre el hermoso tema del amor. No, no temas si así lo sientes, en declararte partidaria del amplio goce de esa ley sagrada. Sólo á los organismos que poseen gran corazón y sano criterio les es dado sentir con elevados vuelos.

Tenemos abiertas las páginas de esa obra llamada Naturaleza; aproximémonos á ella. ¡Es nuestra madre! En la primavera estudiemos á los pájaros; ellos, con ser de raza inferior, ¡cuánto nos enseñan! Y no es porque su cerebro esté mejor organizado, es porque están más en contacto con la Naturaleza. Con sus trinos se declaran su pasión, se enamoran y gozan. Luego, asociados para el goce, comparten el trabajo que origina la cría de los hijuelos.

¡Qué bello es amar!

Espero de tí, como de todas las compañeras que se ocupan de los problemas de la vida, el que escribas mucho sobre ese trascendental tema, porque es la base de la organización social, ya que sin amor no es posible la vida, y el amor no es tal si no es libre.

Se repite tu sincera amiga,

T. DE DEMO.

Nota. En tu contestación me trataste como yo te traté; en este mi pobre trabajo te trato, pues, como anhelo me traten los seres á quien aprecio.



TRIBUNA DEL OBRERO

LUCHAS INTESTINAS

La influencia del medio ambiente, las costumbres erigidas en leyes, la herencia en los organismos, la predisposición orgánica.

Leemos un trabajo basado sobre uno de estos temas y exclamamos: «¡Magnífico científico, profundo!» Nos fijamos en la firma y seguimos exclamando: «¡Qué intencional!» Al punto analizamos cualquiera de nuestros actos que refresca nuestra memoria y creemos hallar las causas que nos impelieron á realizarlo.

Pero si, con arreglo á la teoría del doctor X, queda justificado no importa qué acto por nosotros realizado, ¿por qué no ha de quedarlo el de otro individuo? No; Fulano realizó un hecho que perjudicó al ideal y, por lo tanto, contraproducente. Y como yo me sacrifico en la medida de mis fuerzas por dicho ideal, que forma parte integrante de mi yo, sufro el perjuicio. Y en lugar de estudiar é indagar las causas que impelieron á Fulano á obrar en tal sentido y remediar, no el hecho, que queda irremediable, sino en lo posible la no repetición del hecho, optamos por recriminarle, considerándole responsable.

Se objetará sin duda: ¿Es responsable acaso el que recrimina? No cabe duda que no.

Todos nuestros actos están presididos por una ó varias causas determinantes, y he ahí el quid. Si me paro á examinar la impresión que me causa el acto de Fulano, que por serme dolorosa califico de mala y, en consecuencia, la sucesión de ideas que en mi cerebro surgen efecto de aquel acto, veo la predisposición orgánica, el hábito, las costumbres sociales, en una palabra, las influencias del medio ambiente, accionar ó reaccionar sobre mi yo.

Analicemos las costumbres. ¿Son buenas? ¿Están en armonía con la Naturaleza?

No, por cuanto raro es el acto realizado por un individuo en beneficio suyo que no perjudique á un tercero, y como aquélla, al crear la variedad en la especie, dispuso ancho campo para el desenvolvimiento de todas las individualidades, previniendo los choques, dicho queda que está en pugna con las costumbres.

Yo que, gracias al maravilloso invento de Gutenberg, he podido conocer las verdades que los individuos han deducido, debo hacer que presidan todos mis actos para mayor beneficio de la idea, para acelerar más y más la luz de la realidad de la dicha social.

En consecuencia, debo rechazar aquellas influencias que me impelen á obrar en sentido negativo, cual es el de recriminar á Fulano, pues si bien el hecho tiene para

mi un resultado positivo inmediato, por ejercitar de fiscal, que, por un juicio erróneo, heme creído con derecho á ello, considerando á Fulano enemigo de la idea, y por ende mi enemigo, tiene en cambio la inconveniencia de dificultar la propaganda, por cuanto los que presencian nuestras luchas concluyen por retraerse y retirarse, desengañados, cuando aún no han concebido el ideal.

Yo he oído á más de un individuo presentar como argumento contra la sociedad anárquico-comunista la desarmonía que ha reinado en un grupo local entre individuos de unas mismas ideas.

En verdad que tal creencia en el individuo es poco menos que indestructible, porque la motiva la realidad de los hechos que se desarrollan ante su vista.

Y en mi concepto, ha de ser con hechos, con buenos ejemplos como ha de destruirse la idea de que la sociedad anárquica no es posible. Mediten bien los amigos que amen sinceramente la idea, y suspiren por el advenimiento de la era de igualdad y de justicia.

ANTONIO BERNABEU.

YA ES HORA

Hora es ya que despertemos del letárgico sueño en que estamos sumidos y arro-
jemos lejos de nosotros las pesadas cadenas del esclavo que tantos siglos ha lleva-
mos, á pesar de los esfuerzos hechos desde los tiempos de Espartaco hasta nuestros
días.

¡Cuánta sangre derramada para adelantar un paso en el camino de la libertad!

En el siglo presente ha sostenido el proletariado luchas políticas, que no han sido
sino el «quitate tú para ponerme yo»; pero no luchó por la libertad verdadera.

El siglo de las luces llaman al presente siglo. ¡Mentira! No es el siglo del vapor
ni de la electricidad para el obrero. En bárbaro y cruel nada se diferencia de sus an-
tecesores; vemos que siguen la barbarie y las guerras. Ejemplos: Francia en Madagas-
car, Japón en China, Italia en Abisinia, España en Cuba y Filipinas, y últimamente
los Estados Unidos en el archipiélago magallánico. ¿Y llaman á esto civilización? ¡Si-
glo de las luces, cuando estamos sumidos en la más supina ignorancia! ¡Cuando es-
tamos pasivos ante el triste espectáculo que presentan los numerosos núcleos de obre-
ros que invaden las calles de las poblaciones, en busca de trabajo!

Y si aún es poco, en la ciudad condal, en la capital de la ilustrada Cataluña se
encarceló á cientos de obreros. ¿Por qué? ¿Por criminales? No; por adversarios de este
régimen de patrañas, mentiras, injusticias y arbitrariedades. ¿Por qué no es permiti-
do buscar en esta sociedad lo que ella misma encierra, la paz material é intelectual?

Las cadenas que hoy nos aprisionan y están sujetas á nuestro cuerpo, no son un
obstáculo para que salgamos del marasmo en que yacemos.

¿Hay hombres en provincias dispuestos á organizar *meetings*, conferencias, fundar
grupos y centros de estudios sociales para que la propaganda tome el desarrollo
del 95 y 96? ¿Los hay? Pues manos á la obra.

Hora es ya de hacer algo en bien del ideal. Los partidos avanzados aumentan
sus adeptos de nuestra apatía.

ALADDIN